

CUADROS — DE UNA — EXPOSICIÓN

*No es pintura: es memoria visible.
No es arte: es un espejo que no devuelve lo mismo.*



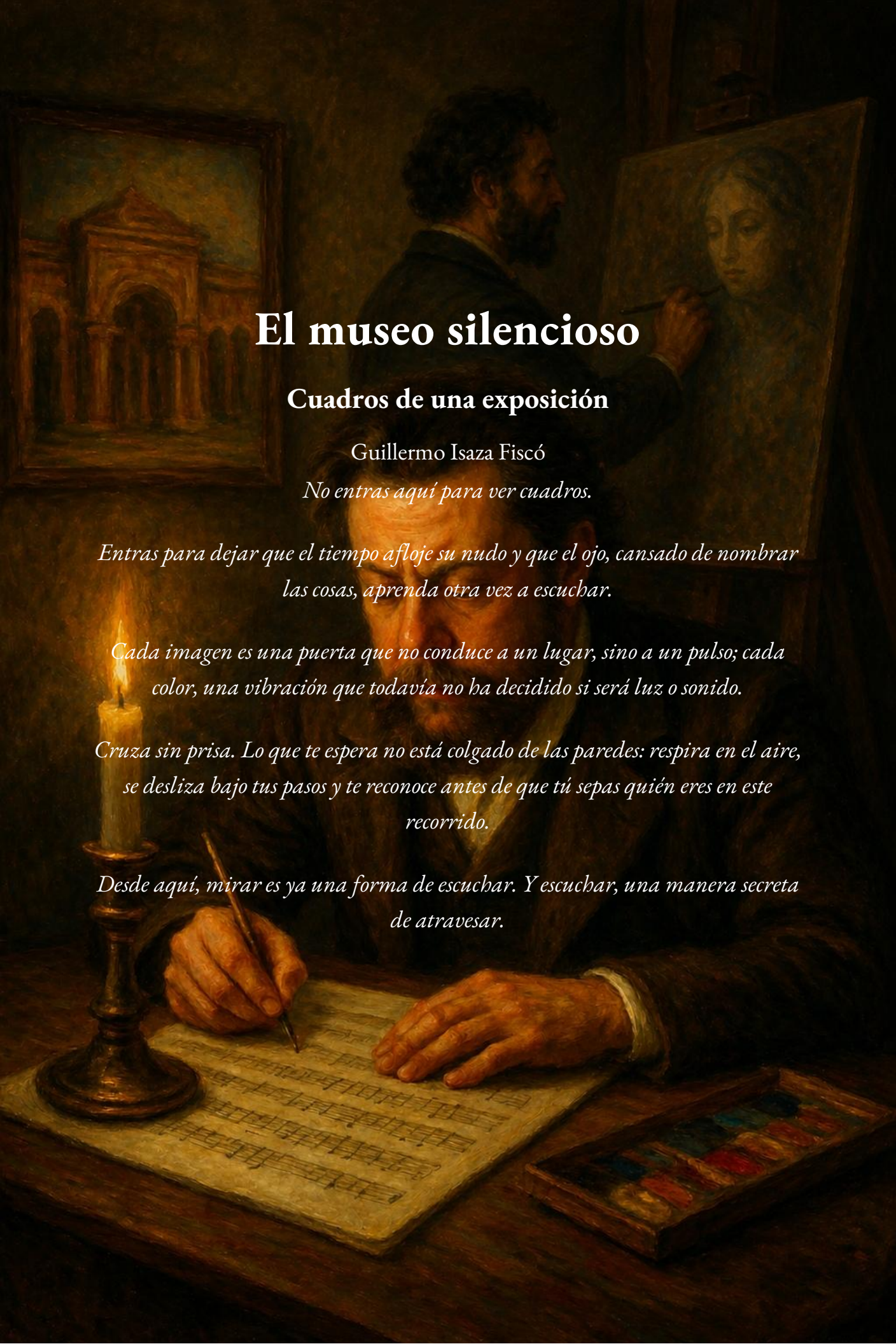
Guillermo Isaza Fiscó



Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.



El museo silencioso

Cuadros de una exposición

Guillermo Isaza Fiscó

No entras aquí para ver cuadros.

Entras para dejar que el tiempo afloje su nudo y que el ojo, cansado de nombrar las cosas, aprenda otra vez a escuchar.

Cada imagen es una puerta que no conduce a un lugar, sino a un pulso; cada color, una vibración que todavía no ha decidido si será luz o sonido.

Cruza sin prisa. Lo que te espera no está colgado de las paredes: respira en el aire, se desliza bajo tus pasos y te reconoce antes de que tú sepas quién eres en este recorrido.

Desde aquí, mirar es ya una forma de escuchar. Y escuchar, una manera secreta de atravesar.



Prólogo

La exposición estaba cerrada, pero él ya estaba allí. Modest Músorgski, el compositor, había cruzado la puerta sin ruido, como si el tiempo le debiera un último paseo entre los cuadros.

Su andar era firme, con la cadencia disciplinada que conservaba de los años en la academia militar, aunque sus hombros parecían llevar encima el peso de muchas noches insomnes. El abrigo oscuro, gastado en los bordes, olía vagamente a humo y a vodka seco: rastros de las tabernas que visitaba asiduamente, donde solía perder la noción de las horas. El cabello, algo revuelto, le caía sobre la frente como si nunca hubiera querido domarlo; la barba, espesa y desordenada, le daba un aire rudo que contrastaba con la fragilidad febril de sus ojos.

En su mirada profunda ardía un fuego volcánico y, sin embargo, una atención constante a los matices más leves delataba al músico que nunca dejó de sentirse aprendiz frente a cada sonido. Buscaba la música no en las partituras impecables, sino en el temblor de la voz humana, en el rumor del pueblo y en los silencios que guardaban las casas viejas.

Caminaba con paso seguro, pero cada paso parecía contener un leve titubeo, como si escuchara bajo el suelo un compás antiguo que solo él podía reconocer.

La galería era la misma donde, en San Petersburgo, se mostraba la obra de Hartmann después de su muerte; un espacio sobrio de la Academia Imperial de las Artes, que parecía más santuario que sala de exhibición. Las paredes, altas, blancas y gastadas, parecían haber borrado la memoria de los colores que alguna vez sostuvieron. Desde lo alto descendía una luz pálida, vertical, como un hilo de luna atrapada; y en esa penumbra llovía un polvo fino... polvo que caía recto, sin corrientes, como si el tiempo mismo se deshiciera en silencio.

No había carteles. Ni voces que guiaran el recorrido. Solo los cuadros, suspendidos como si aguardaran no ser mirados, sino escuchados por el Visitante que había llegado fuera del horario común de visita; los colores desvaídos parecían haber entregado su fulgor a la penumbra, y los marcos, oscurecidos por los años, se erguían como silenciosos guardianes de un secreto.

Parecía que el pintor, al trazar cada línea, hubiese querido encerrar no una imagen, sino el eco de algo que el tiempo, hacía ya mucho, había olvidado. Músorgski, pensativo, se detuvo: escuchó.

No pensó en el arte como un desfile de colores ordenados en un lienzo; lo sintió como si, al cruzar cierto umbral secreto de su conciencia, el ojo hubiera renunciado a ver y los colores se hubiesen despojado de su apariencia para revelarse como vibraciones puras.

Como si un rojo encendido fuera, en realidad, una nota grave que estremecía el aire; como si el azul profundo de las sombras tuviera el temblor romántico de una viola; como si cada línea, cada contraste, fuese apenas la huella visible de una onda sonora que late más allá de los sentidos.

En ese instante, el compositor comprendió —sin palabras— que la frontera entre lo visible y lo audible era ilusoria, que toda forma es ritmo detenido y todo color es luz vibrando en una frecuencia concreta y contrastante.

Sintió que, al mirar los cuadros, no los estaba viendo, sino que los escuchaba y transformaba desde adentro, del mismo modo en que un físico percibe el universo como un tejido de oscilaciones, y un místico o poeta lo intuye como un soplo sostenido que se convierte en luz.

Su respiración se acompasó con aquella vibración muda. El tiempo pareció replegarse sobre sí, y por un instante pensó que quizá la verdadera música no nace de los instrumentos ni de las partituras, sino de la capacidad de traducir el sentir y los latidos de la materia —luz, pigmento, polvo— en oscilación, sonido y silencio.

Sol... Fa... Sib... Do... Fa... Re...

Seis notas que no eran eco ni melodía: parecían seis pasos en un corredor desierto, y con cada paso una sombra de color se insinuaba en el aire. El Sol, oscuro y profundo, dejaba tras de sí un resplandor ámbar rojizo, como el ocaso atrapado en un cristal.

El Fa, más hondo, vibraba con un tinte verde terroso, húmedo como el musgo en los viejos muros. El Sib, tenso y casi doliente, desprendía un fulgor violáceo, el color de un crepúsculo que se extingue. El Do, claro y sereno, brillaba con un leve amarillo pálido, como luz de vela filtrada por polvo.

De nuevo el Fa, que devolvía al aire ese aliento verde oscuro y resonante. Y el Re, final, con un destello azulado, frío, parecido al respiro de una madrugada sin sol. Luego, mágicamente, casi como un reflejo invertido:

Do... Fa... Re... Sib... Do... Sol... Fa...

Siete notas que no avanzaban: respiraban, y en su respiración los colores parecieron diluirse y entrelazarse, como si la penumbra de la galería los absorbiera. No eran luces visibles, sino impresiones que rozaban la mente del compositor: como si, en aquel sueño, el sonido fuese luz que hubiera aprendido a ser oída. Algo vibró en el aire: una exhalación, una sombra, un recuerdo, un murmullo...

Giró la cabeza.

Allí estaba Viktor Hartmann, el pintor, con la misma barba espesa y el rostro pálido de los retratos antiguos. Caminaba despacio entre las obras, como un huésped que vuelve a recorrer la casa que ya no le pertenece. No tocaba nada, no podía. Sus dedos se alzaban de vez en cuando como para anotar en un cuaderno invisible, y su mirada —vacía y honda— tenía la serenidad de quien ya ha partido.

Músorgski, nostálgico, lo observó en silencio.

Reconocía aquel gesto, la forma en que Hartmann inclinaba la cabeza al examinar los detalles de un marco o el pliegue de una tela, la misma que tantas veces había visto cuando deambulaban juntos por las calles de San Petersburgo o los patios de las iglesias, discutiendo con entusiasmo sobre la manera en que la música y la pintura podían nacer de un mismo impulso creador.

Habían sido amigos antes que artista y compositor; se habían comprendido en esa obstinación de dar voz y color a lo invisible.

Músorgski recordó el dolor que lo atravesó cuando Hartmann murió tan pronto y cómo, al entrar al año siguiente en aquella primera exposición de sus obras, comprendió que la música podía ser un puente para que la voz del amigo siguiera hablando a través de los cuadros.

El silencio de la galería se volvió entonces más denso, como si las paredes hubiesen escuchado también esa memoria compartida. Por un instante, el compositor sintió que el paso leve de su amigo no levantaba polvo, sino que lo recogía, como si un pincel invisible lo usara para trazar líneas en el aire.

Más allá, en la penumbra, estaba Maurice Ravel, el compositor y futuro orquestador, de apariencia joven, elegante, casi etéreo. No observaba los cuadros: solo escuchaba. Tenía los ojos fijos en un punto indescifrable, con la leve inclinación de quien dirige una orquesta que aún no existe.

El resplandor que caía desde lo alto tocaba su perfil como si lo esculpiera en bronce tenue, prestándole la gravedad de una estatua que, sin embargo, respiraba.

Ravel no miraba los cuadros ni las pinceladas o los marcos. Parecía mirar a través del tiempo, más allá de los colores ya desvaídos, como si sus ojos buscaran desentrañar las vibraciones secretas que Músorgski había oído cuando aquellos cuadros aún respiraban con el fulgor de la primera pincelada.

A medida que Ravel se internaba en el salón de la exposición, su mirada no se detenía en los contornos visibles: parecía seguir el rastro invisible de un pulso que unía las sombras de los colores con el eco de las notas, como si leyera en el aire suspendido las huellas sonoras que el compositor había dejado y que todavía aguardaban ser traducidas en el lenguaje de una orquesta futura.

Venía de un futuro situado más de cuatro décadas después de la muerte del compositor para tender un puente entre épocas, convencido de que la música prolongaría la vida de lo que parecía haberse apagado. Sus ojos claros tenían un fulgor contenido, el de quien escucha algo que todavía no existe, pero ya late en el aire.

La orquestación que un día escribiría se adivinaba en la manera en que sus manos, apenas visibles en la penumbra, parecían dibujar gestos leves, convocando instrumentos que no estaban allí: la trompeta que anunciaría la "Promenade", los metales que harían vibrar la "Gran Puerta de Kiev", los arcos que envolverían los paisajes que Hartmann había pintado.

Quizá por eso su expresión no era solemne, sino reverente, casi emocionada: como si comprendiera que el verdadero destino de esa música era unir, más allá de los siglos, al pintor, al compositor y al arreglista en un solo acto creador.

En su silencio latía una gratitud contenida y un asombro humilde: el de quien comprende que, al prestar su oficio a una obra ajena, le concede la posibilidad de cruzar los siglos y resonar más allá de su propio autor, de respirar para siempre en salas y teatros que ninguno de ellos llegó a imaginar.

Ravel inclinó un poco la cabeza, como saludando no solo a Músorgski, sino también a Hartmann y a los cuadros, consciente de que estaba allí para escuchar un eco que venía del pasado y devolverlo vivo en todo su esplendor al porvenir.

Músorgski no se acercó a ninguno de los dos. Sabía quiénes eran. Y sabía que no debía. No por temor ni por distancia, sino por la certeza de que todo encuentro verdadero ocurre más allá de las palabras.

Había en el aire una hermosa y frágil armonía, semejante a un acorde suspendido que se desvanece lentamente, pero que, si alguien lo interrumpe, se rompe irremediabilmente, como si de su delicado equilibrio dependiera el silencio profundo que envolvía toda la galería.

Comprendía que cada uno estaba cumpliendo allí su papel: Hartmann, el pintor, como memoria que persiste en las formas; Ravel, el orquestador, como eco que tiende un puente hacia el futuro; y él mismo permanecía entre ellos como un transeúnte de lo invisible, testigo de esa comunión callada que unía la mano que dibuja, el oído que escucha y la voz que traduce.

No necesitaban hablarse. Había un entendimiento silencioso, nacido de la convicción de que el arte no pertenece al instante en que se crea, sino al flujo eterno en que cada gesto humano es apenas un eslabón en la cadena de la memoria. Por eso no se acercó a ellos.

Temía quebrar el hilo delicado que unía el tiempo de los muertos con el de los vivos, el rumor del pigmento con el temblor de la cuerda y el aliento de la orquesta que todavía no existía.

Se limitó a dar un paso más, despacio, consciente de que los pasos no suenan igual cuando se camina en un lugar donde el pasado, el presente y el futuro coexisten... y respiran juntos. Así, no más.



Promenade I – Dentro de la galería

Desde el primer compás, el Visitante notó que el suelo bajo sus pies no era piedra, ni madera, ni mármol. Era ritmo... era pulso y emoción. Como si, al posar el pie, bordara en su mente y en su memoria el umbral de una partitura invisible que impregnaba el sentir de su amigo pintor, y bastara solo caminar para entonarla y completarla.

Todo fue movimiento detenido. Las paredes respiraron luz tenue, y las molduras de los cuadros parecieron inclinarse, como si escucharan. A lo lejos, una melodía trinaba inocentemente entre intervalos justos:

Sol... Fa... Sib... Do... Fa... Re...

Seis notas como seis pasos. Después, siete más:

Do... Fa... Re... Sib... Do... Sol... Fa...

Fuertes, luego suaves; graves, luego agudas; a veces claras, a veces como si dudaran de sí mismas. Entonces, el Visitante lo comprendió: cada paso que daba hacia el interior de la sala no era solo un desplazamiento: era una frase musical. No avanzaba por una galería, sino por una partitura suspendida. El ritmo brotaba del suelo. Las paredes respiraban en compás. No hablaba. No podía.

Observaba los cuadros no con devoción religiosa, sino con una intimidad antigua, como si al recorrerlos leyera las cartas personales de un amigo ausente. Recordó haber leído, muchos años atrás, las misivas de Hartmann: las que hablaban de sus bocetos de puentes, de puertas monumentales, de rostros anónimos hallados en aldeas olvidadas.

Recordó también las respuestas torpes, manchadas de vino, que él mismo le había enviado, confesando que alguna vez pensó en pintar con sonidos lo que el amigo pintaba con pinceles. Su propio reflejo, convertido en un hombre que iba adelante —de barba espesa, los ojos hundidos, los labios que apenas se movían— parecía seguir pensando en aquellas cartas que nunca volverían a cruzarse.

Llevaba bajo el brazo un cuaderno cerrado, como si prefiriera, por el momento, guardar silencio para que la galería hablara por él. De pronto, sin ningún motivo, el hombre se desvaneció. Quedó solo el rumor de los pasos, la vibración tenue que persistía, como si el suelo recordara el peso de su andar.

El Visitante notó que las notas ahora no estaban en el suelo, sino suspendidas en el aire, entre los cuadros y el polvo que caía lentamente, como si esperaran a ser recogidas por alguien capaz de escucharlas. La galería se abrió en un abanico suave donde no había nombres ni habría explicaciones.

El salón no pedía palabras; solo insinuaba andar en silencio, con ese mismo pulso que había unido en vida al pintor y al compositor: un diálogo y puente entre cartas nunca terminadas. Aquel caminar no era un tránsito común: era un Promenade, aunque él aún no le diera ese nombre.

Por ahora, era solo un hombre caminando hacia los ecos musicales y las remembranzas perdidas, como siguiendo los pasos invisibles de un amigo que nunca dejó de acompañarlo.

Y entonces comprendió que ese andar no era a través de una sala ni de unos instantes, sino a través de un hilo de memorias que el tiempo nunca logró romper: un puente silencioso entre dos almas creadoras que, aun separadas por la muerte, seguían conversando en el lenguaje secreto de los colores y las notas musicales.



Gnomus – La mueca del miedo

El primer cuadro de la exposición no se exhibió: se derramó. No hubo marco ni vidrio capaz de contenerlo. Desde las paredes goteaban líneas torcidas, pinceladas gruesas, manchas que se retorcían como músculos a medio formar, como si la tela hubiera estallado y el pigmento buscara huir de sí mismo.

El Visitante dio un paso atrás, pero el suelo ya no era el mismo. Bajo sus botas crujía algo áspero: óleo agrietado, madera astillada, papel ennegrecido y chamuscado en los bordes, como restos de un cuaderno de bocetos abandonado al fuego.

Sintió que la humedad de la pintura fresca le trepaba por la suela: un frío pegajoso, denso como barro recién removido, que ascendía con lentitud —como un reptil líquido— hasta sus rodillas.

La tela de los pantalones absorbió aquella humedad invisible, y el frío le mordió la piel a través de la ropa con la misma tenacidad con que la humedad de un sótano penetra los muros antiguos.

No era solo la sensación de mojarse: era como si el cuadro buscara arraigarse en su cuerpo, anclándolo al suelo para que no pudiera escapar del mundo que estaba emergiendo de la pintura. Y entonces llegó la melodía:

Dob... Mib... Re#... Dob... Sib... Reb... Solb...

No era música: eran tropiezos. Una risa truncada en pentagrama, una sacudida en compás irregular, como si alguien intentara escribir a tientas con los dedos mojados en una partitura pegada sobre una puerta sellada.

La vibración le erizó los brazos. El sonido era rugoso, hecho de interrupciones y silencios mal cosidos: un balbuceo de cuerda rota que recordaba los temblores de un niño con fiebre. Y entonces, sin aviso, apareció la carcajada. No venía de fuera: brotó desde adentro, desde su propio estómago, como un recuerdo involuntario, como una mueca de infancia deformada por la pesadilla.

Algo se agitó en la esquina del lienzo: patas cortas, brazos desproporcionados, ojos saltones que brillaban como barniz húmedo. El Gnomo no estaba pintado: estaba siendo soñado a medias. El pigmento todavía goteaba de sus hombros, deslizándose en hilos gruesos que parecían sangre seca mezclada con barro.

Cada gota caía con un leve chasquido húmedo sobre el suelo, extendiéndose en pequeños charcos irregulares que parecían moverse, como si también respiraran.

La sombra de su cuerpo no era sólida: parecía hecha de humo enlodado, ondulante, incapaz de sostener su propia figura, como si el ser aún estuviera en proceso de nacer del cuadro, condenado a una gestación perpetua entre la materia y el espectro. Por momentos, el humo se plegaba sobre sí, dibujando un contorno reconocible; luego se deshacía, como si la forma misma le doliera.

El Visitante tuvo la impresión de que el Gnomo no solo goteaba color, sino también memoria líquida, como si lo que chorreaba de sus hombros fueran restos de un sueño antiguo, exiliado de la mente del pintor.

Intentó mirarlo de frente, pero los colores le saturaron los ojos: rojos como heridas recientes, negros que no eran sombras sino sustos, un marrón sucio con olor a madera podrida y húmeda.

El Gnomo se balanceaba torpemente, como si llevara demasiado tiempo encerrado en su propia forma. Su risa se retorció en un silbido quebrado y, con una voz áspera que crujía como la cuerda de un títere viejo, murmuró:

—¿Eres tú quien me mira... o soy yo quien te imagina?

El Visitante guardó silencio. Sintió en la boca el sabor agrio de los pigmentos, como si el aire mismo estuviera hecho de óleo y trementina. El Gnomo avanzaba con dificultad. A cada paso, su risa se distorsionaba: primero cascabel, luego chirrido, después gemido, como si cada sonido fuera un fragmento de risa arrancado a la fuerza.

Caminaba con un gesto doliente, como si los huesos le pesaran, como si su propio cuerpo fuese una cárcel mal tallada.

El Visitante retrocedió, pero no había distancia posible. El cuadro ya lo había superado: lo había traspasado, impregnando el aire, el suelo, su propia piel, como si la frontera entre la pintura y el espacio real hubiese sido disuelta por el mismo sueño que dio forma al Gnomo.

Por un instante, el Visitante pensó que quizá aquel ser —deforme, risueño y trágico— no era un monstruo creado por el pintor, sino un residuo de la memoria: un fragmento de dolor infantil que Hartmann había dejado caer sobre el lienzo y que la música imaginada de Músorgski había devuelto a la vida.



Interludio – Promenade II

El Visitante, impactado, salió del cuadro con cierto temor y recelo. Sus pasos retornaron a la galería, pero ya no eran los mismos: pisaban con la extraña cautela de quien despierta de un sueño que no logra dejar atrás, donde todo es reconocible, pero se percibe levemente desplazado, como si la realidad hubiera cambiado de sitio, desajustada en sus propios ejes y mezclada con una realidad artera que parecía tender trampas invisibles.

Al cruzar el umbral indefinido que separaba la sala del cuadro, percibió que el color no lo seguía: se retiraba de él, como si una corriente tibia que antes lo envolvía hubiera comenzado a drenarse lentamente. El rojo herido del Gnomo se apartó como un hilo de sangre diluyéndose en el aire; el marrón húmedo se replegó hacia las grietas de la madera astillada; y el negro opaco, cargado de sombra y miedo, se dispersó en partículas finas hasta quedar suspendido a su alrededor como polvo que se volvía sonido tenue.

Sintió, con un estremecimiento, que los colores parecían convertirse en vibraciones, que los matices que habían saturado sus ojos ahora se transformaban en ondas graves y agudas, hasta que, uno a uno, comenzaron a plegarse en torno a una cadencia melódica conocida, pero con otras notas:

Fa... Mib... Lab... Sib... Mib... Do...

Seis notas como seis pasos. Después, siete más:

Sib... Mib... Do... Lab... Sib... Fa... Mib...

Los mismos intervalos del comienzo, pero ahora no abrían el camino: lo sostenían, como un andamio invisible que mantenía en pie su propia memoria.

Músorgski caminaba apenas un metro delante. Ya no miraba el cuadro: lo recordaba, y ese recuerdo se le escapaba de los ojos para volverse música interna, un vaivén que nacía en el pecho y descendía a sus pies, como si con cada paso extrajera una nota más del pigmento que había quedado atrás.

El Visitante percibía que el Promenade volvía, pero no era el mismo. Los intervalos eran idénticos, sí, pero ahora tenían la densidad de un eco, como si hubiesen cargado consigo algo del color que abandonaban. Las notas sonaban más graves, más contenidas, como si el cuadro hubiese cerrado su puerta, pero

dejara filtrarse, bajo el marco invisible, el residuo de ese aliento pictórico convirtiéndose en sonido.

El aire de la galería parecía haberse espesado. El olor agrio de los pigmentos todavía flotaba, como si el Gnomo, aunque ausente, los vigilara. El Visitante sintió que no estaba solo: a su lado, una sombra baja y encorvada se movía al compás de sus pasos. No parecía amenazarlo, pero tampoco lo abandonaba, y por un instante creyó que tal vez no era la sombra del Gnomo, sino su propia sombra, deformada por el peso de los recuerdos que había vertido en la música.

El paseo ya no fue un retorno: se convirtió en un cruce de umbrales invisibles, un tránsito entre mundos, como si el arte, al ser contemplado, distorsionara no solo la mirada, sino también el propio espacio, plegando los pasillos de la galería como las páginas de un libro que alguien hojea desde otra dimensión.

Músorgski se detuvo frente a una única imagen. No dijo nada. La sombra que lo acompañaba, encorvada y muda, permaneció a su lado con la quietud de un pensamiento que aún no encuentra palabras. Ambos sabían que no bastaba con mirar: había que entrar, porque la frontera entre espectador y obra se había vuelto porosa, rompiendo la distancia, convirtiéndose en un velo delgado que solo el silencio podría atravesar.

El compositor dio entonces un paso más, y el aire pareció contraerse. La música latió, no en el aire, sino en el suelo bajo sus pies, como si el latido proviniera de la misma raíz del edificio. La galería respiró, y con ese aliento tenue los colores del cuadro parecieron humedecerse, ondulando como agua agitada en la superficie de un estanque.

Por un instante, el Visitante sintió que los marcos no eran límites, sino puertas sumergidas en el tiempo, y que cada pintura aguardaba a ser cruzada como un umbral secreto. El silencio se tensó, denso como el instante previo a una nota sostenida.

Entonces, el próximo cuadro lo llamó. No con voz ni gesto, sino con una vibración sutil que se deslizó por el aire, insinuando un destino inevitable, como si la propia obra lo hubiera estado esperando desde el principio.



El viejo castillo – Canción de piedra

Los muros en la pintura no se abrían. Se desvanecían. Cuando el Visitante invadió el siguiente espacio, ya no hubo galería ni luz artificial: solo la vibración opaca de una melodía lejana, casi medieval, que parecía nacer repetidamente de un pozo sin fondo.

*Re#... Re#... Re#... Re#... Re#... Re#... Mi... Re#... Fa#... Mi... Re#... Do#... Re#...
Do#... Mi... Re#... Do#...*

Las piedras estaban en todas partes: en el suelo cubierto de musgo, en las paredes húmedas. El Visitante no supo si era un castillo o un eco. Todo estaba envuelto por una niebla suave, gris violácea, que no ocultaba del todo, pero tampoco revelaba del todo.

El Visitante avanzó. El castillo, aunque lúgubre, lucía en todo su esplendor; pero no así su eco, que se extinguía antes de tocar los muros. Cada paso resonaba ahogado, como si el suelo aún recordara la melodía grave que lo había habitado, como si la piedra conservara, en sus fisuras, un fragmento velado de aquel lamento. Y entonces lo volvió a escuchar:

*Re#... Re#... Re#... Re#... Re#... Re#... Mi... Re#... Fa#... Mi... Re#... Do#... Re#...
Do#... Mi... Re#... Do#...*

Una voz repetitiva, grave y dolida, como un instrumento de cuerda gastado por la lluvia, que al vibrar parecía gemir por el peso de los años. En lo alto de una torre, una figura cantaba sin moverse: ¿era un triste trovador olvidado, una estatua viva o el recuerdo petrificado de alguien que alguna vez cantó allí?

El aire del salón parecía suspenderse, como si temiera que un solo aliento pudiera quebrar la melodía. Músorgski permanecía inmóvil, como quien escucha a alguien que solo él puede ver, con el rostro inclinado levemente hacia el suelo, en un gesto de recogimiento que parecía más devoción que curiosidad.

Y entonces lo sintió: a pocos pasos, el joven de mirada etérea —Ravel— había reaparecido. No hablaba. Apenas inclinaba la cabeza, con los ojos cerrados, como si intentara atrapar en el aire cada curva de aquella melodía que flotaba en el salón vacío.

Se notaba que no quería poseerla: quería recordarla, preservarla, traducirla algún día al idioma de una orquesta lejana, cuando retornara al futuro que aún no existía en esa sala. Había en su actitud algo casi sacramental: el respeto de quien entiende que la música de otro no se explica ni se desarma, sino que se escucha como si se velara un fuego antiguo.

La música del castillo no exigía comprensión: solo reverencia. Cada nota se sostenía un poco más de lo necesario, como si temiera ser la última. En algún rincón invisible, un saxofón que no existía vibraba acompasadamente en la imaginación de Ravel, anticipando el timbre melancólico con que algún día vestiría esa melodía.

Músorgski volvió la cabeza apenas un instante, reconociendo en aquel joven la presencia de un eco que vendría después de él. Y sin decir palabra, reanudó el paso.



Interludio – Promenade III

El silencio que siguió no fue vacío: era el mismo Promenade, pero distinto, más hondo, más lento, con la gravedad de quien atraviesa no un salón, sino un recuerdo que sabe que no volverá a repetirse.

El Visitante lo siguió. La música no los empujaba ni los guiaba: los sostenía, como si el tiempo mismo los acompañara en su andar, flotando desde lo alto de la torre. Y, sin embargo, algo comenzó a cambiar a medida que se alejaba del cuadro. Las piedras se desvanecieron. El aire se tornó más liviano, y la música regresó:

Sol#... Fa#... Si... Do#... Fa#... Re#...

Seis notas como seis pasos. Después, siete más:

Do#... Fa#... Re#... Si... Do#... Sol#... Fa#...

Seguía siendo el mismo Promenade, pero más suave. Más fresco. Como una brisa que no olvida. Detrás de él, las sombras del castillo se difuminaron como un recuerdo arrinconado en la esquina de la memoria, que aún tiembla, pero ya no retiene. Delante, se escuchó una risa leve, clara y breve, como el tañido de un carillón lejano.

No era la risa áspera de la sombra del Gnomo ni el lamento grave de las piedras: era un tinte humano, casi infantil, que parecía brotar del aire tibio.

Entonces se vislumbraron colores nuevos, distintos de los tonos oscuros y violetas que había dejado atrás: un verde joven, un amarillo fresco, casi dorado, y pequeños destellos de blancos y rosados, que parecían flotar sobre la bruma. Frente a él, un jardín cálido y esplendoroso comenzó a emerger, aún no del todo definido, como si la escena tardara en despertar de un largo sueño invernal.

Se distinguían los brotes tiernos de los arbustos recién abiertos, las copas de los árboles salpicadas de flores que aún no terminaban de desplegarse, y una hierba que parecía recién lavada por la lluvia, desprendiendo un aroma suave que el Visitante creyó sentir.

La luz que lo bañaba ya no era fría ni lechosa, sino dorada y oblicua, como la de una tarde de inicios de primavera, con ese matiz que acaricia, pero no quema.

Entre los setos se insinuaban caminos sinuosos de grava clara, todavía envueltos en la leve neblina que el calor disipaba lentamente.

A medida que el Visitante avanzó un paso más, tuvo la impresión de que el jardín respiraba, como si lo acogiera y, al mismo tiempo, lo midiera, aguardando a que se integrara al pulso más lento y benigno de esa estación de renacimiento.

Y entonces, de la nada, nuevamente Ravel apareció. No se expresó con palabras, sino con un gesto. Inclinando la cabeza levemente, cerró los ojos y murmuró una tonada en voz baja. Quería atraparla, transcribirla, llevar esa emoción —ya sentida por el Visitante— desde el piano a los timbres de una orquesta futura.

—¿La oyes? —preguntó al Visitante, sin abrir los ojos—. Este contexto... es la infancia acercándose.

Y lo era. Porque, a lo lejos, ya resonaban las primeras voces menudas entre las flores.



Tullerías – Voces menudas entre las flores

La luz surgió como una nota aguda que se abre paso entre la penumbra, y la galería entera pareció exhalar, liberándose del peso de la sombra que el castillo había dejado tras de sí. Era como si el salón hubiera expulsado el aliento frío de las piedras húmedas y aspirara, con ansia contenida, el aire ligero de una mañana parisina.

La piedra ennegrecida del castillo se disolvió poco a poco, transformándose en el mármol pálido de las fuentes del Jardín de las Tullerías, donde el agua chisporrotea coquetamente con el sol de primavera.

La niebla violeta se deshizo en hebras finas que el viento invisible dispersó, para tornarse en pétalos de magnolia y de cerezos en flor que parecían descender suavemente con la primera nevada tibia de marzo. Los muros, antes pesados y húmedos, se llenaron de sol, un sol joven y dorado que rozaba las aristas de las columnas como si quisiera dibujarles nuevas sombras.

Entre el resplandor surgieron líneas y arcos que evocaban la silueta lejana de Notre-Dame, el trazado majestuoso de los puentes sobre el Sena y, apenas insinuada en la distancia, la colina de Montmartre, bañada en un brillo naciente que parecía prometerle al mundo que el invierno había quedado atrás.

La luz no solo iluminaba: revelaba, como si el propio cuadro quisiera recordarles que París, con sus jardines y plazas, no era solo una ciudad, sino un umbral luminoso, un lugar donde la piedra podía tornarse música y la mañana abrirse como un libro de hojas doradas.

Se encontró en los jardines de las Tullerías, pero no en los de la historia ni en los que los turistas recorren hoy, sino en los jardines de la infancia, esos que existen escondidos en el recuerdo de quien alguna vez los vivió y nunca dejó de buscarlos.

El aire olía a hierba húmeda, a pan recién horneado que alguien comía a la distancia y a flores que parecían abrirse solo para esa hora de luz. El césped estaba recortado con minuciosidad, y los arbustos, podados con la obsesión casi geométrica de un jardinero antiguo, dibujaban laberintos en miniatura que invitaban a perderse solo por el placer de encontrar la salida riendo.

Un grupo de niños y niñas corría entre los senderos, esquivando las sombras de los plátanos de hojas nuevas que temblaban con la brisa de una mañana de

primavera parisina. Algunos llevaban vestidos de encaje blanco o marfil, que se ensuciaban con el polen y el polvo sin que a nadie pareciera importarle.

Otras niñas corrían con cintas de raso desatadas que se agitaban al viento como cometas fugitivas. Los niños llevaban chaquetas cortas, pantalones de lino un poco arrugados, calcetas hasta la rodilla y gorras ladeadas, algunas demasiado grandes para sus cabezas, que caían al suelo a cada tropiezo para ser recuperadas en medio de carcajadas.

La luz dorada de la mañana se filtraba entre los árboles y hacía brillar el cabello revuelto de los pequeños, que corrían descalzos por momentos, desbordando esa energía inagotable que parece ser el verdadero lenguaje de la infancia. El Visitante se sentó en un banco de hierro forjado, cuyas curvas parecían flores detenidas en el tiempo, y se quedó observándolos.

A su alrededor, los gritos se convertían en juego, los juegos en canciones, y las canciones en ese tipo de música que no necesita instrumentos porque vibra en la risa, en el golpe de los pies contra la tierra, en el ritmo improvisado de palmas y voces. Un poco más allá, las nodrizas los vigilaban discretamente.

Algunas madres, con sombreros ligeros adornados con plumas o flores, sonreían mientras conversaban entre ellas, protegiéndose del sol con sombrillas de encaje. Los padres, de traje oscuro y gesto reservado, permanecían apartados, formando pequeños grupos en los bordes del sendero. Fumaban en silencio o intercambiaban frases cortas, observando de lejos, como si el cuidado de los hijos fuese un deber ajeno pero inevitable.

Una niña se detuvo frente al Visitante y lo miró con descaro, sin el menor atisbo de temor ni vergüenza. Tenía los rizos sueltos, las mejillas rosadas por el juego y las manos manchadas de tierra. Sus ojos parecían preguntar algo más profundo que su gesto inocente.

—¿Tú también fuiste niño alguna vez? —le preguntó sin voz, solo con los labios.

El Visitante no alcanzó a responderle. La niña ya se había ido, arrastrada nuevamente por el júbilo de la persecución que sus amigos habían inventado entre los arbustos, con risas que parecían campanas pequeñas en la brisa.

Pero la pregunta quedó suspendida en el aire, y con ella afloraron recuerdos dormidos, como si aquella simple mirada hubiera abierto una grieta luminosa en la memoria. Recordó los inviernos de su propia infancia, las mañanas frías con

las botas manchadas de barro y los dedos entumidos sosteniendo un lápiz sobre un cuaderno arrugado.

Recordó los veranos breves y tibios, los juegos improvisados con palos convertidos en espadas y los primeros sonidos arrancados a un piano desafinado que nunca terminó de aprender a dominar.

Recordó también las carcajadas sin miedo, los silencios sin vergüenza, los días en que no había urgencia de explicar la vida, porque el simple acto de correr tras una pelota de trapo bastaba para sentir que el mundo tenía sentido.

El banco de hierro en el que estaba sentado le pareció entonces el mismo que alguna vez lo sostuvo de niño, cuando se detenía a mirar pasar las nubes preguntándose si también los adultos tenían secretos.

Sintió que aquella pregunta silenciosa de la niña no era solo curiosidad, sino un recordatorio: la infancia nunca se va del todo; solo aprende a esconderse detrás de la mirada de los otros.

El Visitante bajó la vista, con un dejo de ternura y melancolía, y pensó que quizá la música nace justamente de esa herida que deja la infancia al marcharse, de ese eco que persiste cuando uno ya no sabe correr, pero aún recuerda el ritmo de la risa.

Por un instante, le pareció oír su propio nombre pronunciado por una voz de años lejanos, pero el viento lo deshizo entre las ramas. El instante pasó.

Miró por última vez a los niños, y su sonrisa se mezcló con un suspiro. Luego se levantó, sintiendo que algo en su pecho había recuperado la ligereza de aquellos días perdidos, y volvió a caminar, llevándose consigo la pregunta de la niña, como si fuese una nota suave que no quiere extinguirse en la memoria.

Entonces el Visitante oyó algo; no era una melodía. Era una energía. Una vibración viva, libre, un capricho orquestado en miniatura, espontáneo como la risa.

*Fa#... Re#... Fa#... Re#... Fa#... Sol#... Fa#... Mi#... Re#... Do##... Re#... Mi#...
Re#... Fa#... Mi#... Sol#... Fa#... Mi#... Re#...*

Comprendió que no estaba presenciando una escena. Estaba recordando cómo se siente no tener miedo en la vida. La ligereza de ese instante le recordó un tiempo perdido que nunca había regresado. Miró por última vez a los niños y murmuró algo. Tal vez un nombre. Tal vez un lamento.

Se quedó inmóvil apenas un instante, como si el corazón quisiera demorarse allí, en aquel rincón de risa luminosa que parecía flotar fuera del tiempo.

Luego, sin girarse, reanudó la marcha, sintiendo que cada paso arrancaba un hilo invisible de su memoria. Avanzó con la certeza serena y dolida de quien sabe que ha dejado atrás un paraíso que existe solo mientras alguien lo sueña, un paraíso tan frágil como el perfume de una flor en primavera: bastaba solo dejar de recordarlo para que se desvaneciera.

Mientras se alejaba, comprendió que ese paraíso perdido no había muerto del todo: persistía como una melodía tenue, oculta y obstinada, que seguiría vibrando en el corazón del compositor cada vez que el silencio se hiciera demasiado largo.

Fa#... Re#... Fa#... Re#... Fa#... Sol#... Fa#... Mi#... Re#... Do##... Re#... Mi#...

Re#... Fa#... Mi#... Sol#... Fa#... Mi#... Re#...



Bydlo – El carro y la tierra

El sonido llegó antes que la imagen.

Re#... Fa#... Mi... Re#... Mi... Re#... Sol#... La#... Si... La#... Sol#...

Primero fue apenas un crujido. Luego, un zumbido áspero, como el roce de madera reseca contra piedra. Después, un ritmo lento, constante, inevitable, que se repetía con la obstinación de un reloj que no mide horas, sino peso.

El Visitante sintió el temblor en los talones antes de ver nada. El suelo vibraba con cada nota, no como si anunciara un desfile, sino como si advirtiera de una carga que no podía detenerse. Era el paso de algo tan antiguo que parecía arrastrar no solo polvo, sino siglos enteros.

Del horizonte terroso emergió un carro. Enorme. Tosco. Con las ruedas de madera deformadas, que gemían al girar como si las astillas crujieran bajo el recuerdo de todas las cargas que alguna vez soportaron.

Delante, un buey de mirada aguada y antigua, con los ojos opacos, sin brillo, como si hubieran visto demasiadas cosechas y demasiadas guerras. No caminaba: cedía el paso al tiempo, inclinando la cabeza, hundiendo las pezuñas en la tierra húmeda. Su andar era lento, penoso, como si cada avance fuera una negociación silenciosa con el cansancio.

El aire olía a tierra mojada, a heno fermentado, a cuero endurecido por la intemperie. El horizonte, pardo y pesado, parecía inclinarse hacia adelante bajo el peso del carro, que no transportaba grano ni vino: transportaba fatiga.

Por un momento, el Visitante creyó ver que el cielo se oscurecía no por nubes, sino por el polvo que levantaban las ruedas y que caía de nuevo como ceniza sobre la escena. El sol, oculto detrás de esa neblina de polvo, adquiriría un tono cobrizo, casi sanguinolento.

Alzó la vista y creyó reconocer, en la curva de la rueda y en la sombra del buey, el mismo gesto implacable que había visto alguna vez en las pinturas negras de Goya: la misma gravedad terrosa, el mismo peso inexorable de la carne sometida a la rueda del destino, la misma silenciosa devoración del tiempo que Goya plasmó en el rostro desencajado de Saturno.

El carro no avanzaba con prisa, pero tampoco se detenía. Su lento rodar parecía moler la tierra misma, como un molino ciego que solo sabe triturar.

Cada crujido de las ruedas tenía un timbre grave, gutural, casi humano, que se confundía con el gemido del viento.

El Visitante sintió que aquel sonido no era solo el de un viaje rural: era el eco de una verdad más honda, el peso eterno de la tierra que sostiene y devora, que da alimento, pero exige carne y hueso a cambio.

Por un instante, el buey levantó la cabeza y el reflejo apagado de sus ojos cruzó con los del Visitante. No había reproche. Tampoco esperanza. Solo la serena aceptación de lo inevitable. El ritmo de la música siguió marcando el paso:

Re#... Fa#... Mi... Re#... Mi... Re#... Sol#... La#... Si... La#... Sol#...

Un latido lento, obstinado, que parecía nacer de la misma tierra.

Músorgski lo observaba. No con los ojos, sino con la música. Su mirada no se posaba en el carro ni en el buey, sino en el compás grave que los sostenía, como si cada nota estuviera escrita no con tinta, sino con el cuerpo mismo, con el pulso de los huesos y el peso de la tierra húmeda.

Arriba del carro, una figura inmóvil: el cochero. No se sabía si dormía, si había muerto o si simplemente había decidido no bajarse nunca más. Estaba encorvado, con la espalda rígida, las manos colgando a los lados, como si se hubiera vuelto parte de la madera del yugo y de las sogas que ataban al buey. Su rostro era apenas una sombra, hundida bajo el ala rota de un sombrero que alguna vez debió protegerlo del sol. En sus labios no había gesto alguno: ni cansancio, ni súplica, ni rebeldía. Solo la quietud de alguien que, aun vivo, ha aceptado el peso como su única forma de existir.

El Visitante comprendió que no contemplaba una escena, sino un pulso, un latido arcaico de la tierra, una marcha que no era elección, sino destino. El carro avanzaba no hacia un lugar, sino hacia el mismo desgaste que arrastra todo lo que tiene forma.

La música no crecía en velocidad: crecía en peso. Cada nota descendía como un martillo que hundía un poco más el paso del buey en el barro invisible, como si el aire mismo se espesara para volver más arduo el movimiento. No había belleza en aquella cadencia. Pero sí una verdad áspera, desnuda, inevitable: la de la vida que sigue andando, aunque no haya esperanza.

Músorgski inclinó levemente la cabeza. No había en él compasión, sino reconocimiento: sabía que aquella marcha no era ajena al hombre ni al artista, que todo creador arrastra, de algún modo, el mismo carro que nunca se detiene.

Y cuando todo se detuvo, el silencio que cayó no fue vacío. Fue descanso, un respiro profundo que no traía alivio, sino la breve tregua entre dos cargas sucesivas. Los pasos del Visitante volvieron a levantar el polvo de la galería. Su eco no parecía provenir del suelo, sino de la memoria misma de los pasillos, como si estos recordaran el peso de todo lo que los había atravesado antes.



Interludio – Promenade IV

Lo que antes fue arrastre —ese ritmo de tierra y fatiga que aplastaba los talones— ahora se transformaba en impulso: una energía que elevaba el andar, como si la música tomara al Visitante de los hombros y lo empujara suavemente hacia adelante.

Re... Mi... La... Fa... Mi... La... Fa... Re... Mi... Sib... La...

El Visitante respiró. Por primera vez desde que había cruzado el umbral inicial, sintió que el ritmo no dolía. Ya no era duelo ni penitencia: era movimiento vivo, como el pulso de un niño que corre sin miedo, como la respiración de la tierra cuando amanece después de la tormenta.

El compás, aunque firme, parecía limpiar el polvo que había quedado pegado a sus botas tras el paso del carro, levantándolo como si cada nota fuera una brizna de viento. El aire ya no pesaba. El paso, aunque lento, ya no arrastraba cadenas invisibles.

Por un instante, el Visitante pensó que todo Promenade es una travesía del alma, un sendero entre imágenes que no son cuadros, sino estados de la existencia: el peso, la inocencia, el juego, la memoria. Y sintió que la galería misma parecía ensancharse, como si los muros respiraran y el pasillo se convirtiera en un camino bajo un cielo abierto.

Y entonces lo vio: adelante, algo pequeño ya empezaba a moverse. Unas figuras frágiles, apenas unos trazos en la distancia, como el primer dibujo de un niño sobre un papel todavía en blanco. Se movían con ligereza, con ese temblor leve que tiene la vida cuando está a punto de nacer.

El ritmo lo invitaba a seguir, no como quien avanza hacia el juicio, sino como quien se acerca, con paso contenido, a un umbral donde la gravedad cede y el tiempo se abre a la curiosidad y al juego.



Ballet de los polluelos – Danzar en la cáscara

El Visitante no supo en qué momento exacto el polvo de Bydlo se deshizo en brillo, ni cómo las sombras terrosas se fueron diluyendo hasta dejar paso a un resplandor blanco, amarillo y pastel, como si la luz hubiese lavado los pigmentos pesados de la tierra. Solo supo que, al abrir los ojos, ya no pisaba suelo: pisaba melodías y ritmo. Bajo sus pies, el piso no era piedra ni madera, sino una superficie suave y luminosa, que ondulaba levemente como si respondiera al compás de una danza invisible.

Ante él, el horizonte no era un horizonte: era el perfil de una ciudad mágica. Sus torres esbeltas parecían lápices de colores gigantes. Las cúpulas, redondas y torneadas, resplandecían en oro pálido, esmeralda y azul celeste, coronadas con banderines que ondeaban como notas sostenidas en el aire. Las calles se enroscaban en espirales imposibles, salpicadas de puentes arqueados que parecían trazados por la imaginación de un niño. A lo lejos, una plaza circular rodeada de arcos de cristal dejaba ver fuentes de agua que subían y caían con el ritmo de un arpegio lento, como si el agua bailara al compás de una melodía inaudible.

El Visitante tuvo la sensación de que todo aquel lugar había surgido de un cofre antiguo lleno de juguetes olvidados, y que la ciudad, aunque hecha de piedra y madera, conservaba la fragilidad de lo efímero, como si un solo soplo pudiera disolverla en polvo de luz.

Frente a él, un pequeño escenario se elevaba, delicado como un altar para sueños breves. Era un teatro diminuto, hecho para marionetas, con telones bordados en hilos de plata y cortinas que parecían moverse por sí solas. De las bambalinas colgaban diminutas lámparas en forma de estrellas y, en el centro, sobre las tablas, la luz se derramaba como un abanico de notas doradas. Y allí, en ese mundo en miniatura, comenzaba un ballet sin lógica, en el que las marionetas danzaban con movimientos desarticulados pero llenos de gracia, como si obedecieran a una música secreta que no necesitaba espectadores para existir.

El Visitante, sin darse cuenta, sonrió levemente. Tras el peso de la tierra y el arrastre del carro, aquel lugar le pareció un respiro improbable, un rincón donde

la música podía permitirse ser ligera, aunque supiera que detrás de la alegría siempre acechaba la sombra.

Pequeños polluelos, apenas salidos del cascarón, bailaban con una energía desproporcionada, como si en cada salto liberaran el impulso de haber estado demasiado tiempo encerrados en la cáscara. Sus patas se tambaleaban, pero ese temblor se volvía parte de la danza: un paso torpe que, al repetirse, creaba un ritmo nervioso, juguetón, vibrante. Llevaban puestas mitades de conchas abiertas como disfraces, cascos nacarados que rebotaban con cada giro y que parecían recordarles que aún no estaban del todo hechos para el mundo. Sus alas diminutas no servían para volar, pero se agitaban en ráfagas rápidas que marcaban el compás con más precisión que cualquier batuta. A cada golpe de las notas agudas, alzaban un ala y daban un pequeño brinco, como si la música tirara de ellos hacia arriba con hilos invisibles.

Los oídos diminutos, casi imperceptibles entre las plumas suaves, captaban el compás con un instinto tan fino que parecían adivinar la próxima nota antes de que sonara, y se adelantaban con movimientos inesperados, creando pequeñas olas de saltos y giros que se contagiaban de uno a otro. La música era burbujeante, veloz, viva y traviesa, como si la misma partitura hubiese sido escrita no con tinta, sino con un enjambre de plumas de colibrí que hubiera danzado sobre el papel, dejando su trazo en forma de notas diminutas y veloces.

*Re... Do... Do... Si ♯... Re... Do... La ♭... Re... Do... Re... Do... Do... Si ♯... Re... Do...
La ♭...*

A cada repetición del motivo, los polluelos ensayaban un nuevo capricho: unos formaban círculos que giraban en sentido contrario, otros se alineaban en dos filas y avanzaban a saltitos como un ejército risueño, y algunos, los más audaces, corrían hacia adelante con los picos abiertos, como si quisieran atrapar la siguiente nota en el aire. De pronto, dos polluelos se alzaron sobre las patas, extendiendo las alas como diminutos bailarines de ballet; giraron sobre sí mismos con un torpe, pero encantador equilibrio y cayeron juntos en un salto breve que arrancó a los demás una serie de movimientos desordenados, casi como una risa coreográfica que recorría el escenario de lado a lado.

El Visitante, encantado, la tarareó... y rió. No con burla, sino con alivio y ternura.

Por primera vez en todo el recorrido, la risa era bienvenida, inocente, sincera, limpia de todo peso. Incluso Ravel, de pie al borde del escenario, parecía rejuvenecer. Sus ojos brillaban con una chispa que no venía de la nostalgia, sino del asombro puro, como si por un instante la muerte de Hartmann y el peso de la memoria se hubiesen suspendido, cediendo el paso a esa ligereza que solo poseen los primeros juegos de la vida.

El escenario diminuto, con sus telones bordados y sus luces tenues, parecía respirar al ritmo de los pequeños danzarines, como si todo el teatro —y tal vez la galería entera— se hubiera rendido a la música y a la ingenua alegría de los polluelos recién nacidos. De pronto, los polluelos se congelaron en sus posiciones, como si una mano invisible hubiese detenido el hilo de sus movimientos. Unos quedaron con las alas alzadas, otros con el pico abierto a medio graznido, y algunos, en pleno salto, parecieron suspenderse en el aire, como figuras de un reloj de juguete al que se le ha detenido la cuerda. La música hizo un último giro en el aire, ligero, casi juguetón, una espiral que pareció elevarse hasta el techo de la galería y volver a descender lentamente, dejando un leve zumbido que fue apagándose con la misma dulzura con la que había comenzado.

Por un instante, todo el escenario de marionetas pareció inclinar la cabeza en una reverencia silenciosa, como si el pequeño ballet hubiera concluido no solo un número, sino una breve función dedicada al Visitante. En los bordes de las diminutas tablas, las cortinas bordadas se agitaron solas, sin que nadie las tocara, cerrándose con la timidez de un telón que sabe que volverá a abrirse, pero no por ahora. El Visitante percibió el eco de una última nota que no se había escrito en la partitura, como un leve suspiro escondido tras la alegría del juego.

Músorgski volvió a caminar, recuperando el paso medido del Promenade, aunque sus ojos, por un instante, conservaron el brillo de una sonrisa discreta, la sonrisa que solo se permite quien ha sido testigo de algo breve y hermoso, consciente de que esa fragilidad es parte de su verdad. El escenario quedó atrás, pero las diminutas figuras congeladas parecieron seguirlo con la mirada, como si también ellas supieran que, al cerrar el telón, habían regresado al sueño del que habían surgido.

En ese preciso instante, Ravel levantó la vista hacia Músorgski. No dijo palabra. No sonrió. Pero en su mirada había una chispa de complicidad

silenciosa, como si reconociera que lo que acababan de presenciar era más que un juego: era el recuerdo de la inocencia, rescatado por la música de entre el polvo de la vida. Músorgski asintió levemente, sin dejar de andar, y Ravel volvió a mirar al pequeño escenario que quedaba atrás, como si intentara guardar para el futuro aquel instante de ligereza, sabedor de que en la orquestación también habría de hallar un rincón para esa risa efímera que, por un momento, pareció salvarlos de la gravedad de todo.

El Visitante avanzó despacio. El eco alegre de los polluelos en su memoria se fue apagando, como si retrocediera en el aire, escondiéndose detrás de los bastidores invisibles de la galería. El sonido se volvió cada vez más tenue, hasta confundirse con el ritmo constante del propio caminar. La luz, antes chispeante, comenzó a atemperarse, perdiendo los reflejos dorados y volviéndose más grisácea, más contenida.

El suelo, que había vibrado con los pasos ligeros del ballet, pareció endurecerse bajo las botas del compositor, y con ello el pulso de la música cambió: las notas que acompañaban el paseo dejaron de reír. Se hicieron más pesadas, más graves, como un latido que recuerda al caminante que no todo cuadro es un refugio para la inocencia. Un olor sutil, de cera vieja y bronce frío, comenzó a filtrarse en el aire, precediendo a la visión que aún no aparecía. La galería se estrechó, y las sombras se acomodaron en los rincones como si esperaran el ingreso de figuras que llevaban mucho tiempo debatiéndose en silencio.

El Visitante no se detuvo, pero al llegar a un punto del pasillo comprendió que la luz se había dividido en dos tonalidades distintas: un dorado gastado, que parecía venir de los siglos de prosperidad, y un gris húmedo, que olía a paredes olvidadas y hambre antigua. Fue entonces cuando el espacio pareció abrirse en dos alas opuestas de un mismo escenario y, de ese nuevo umbral, casi como revelándose a su debido tiempo, surgió el siguiente cuadro...



Samuel Goldenberg y Schmuyle – Riqueza y ruina

A la izquierda, apareció una sala de mármol y oro viejo, un recinto que parecía respirar poder y quietud contenida, como si cada objeto guardara un secreto de conquista. Los candelabros ennegrecidos por el tiempo aún sostenían un fulgor obstinado, emitiendo una luz que no iluminaba, sino que imponía. Los tapices gastados, pero elegantes, mostraban escenas de cacerías y festines antiguos, casi borradas por el polvo y la humedad, como recuerdos que se resisten a morir. En lo alto, un retrato de un ancestro severo, con los ojos hundidos y la frente prominente, parecía vigilar al Visitante con una mueca imperceptible de juicio. El aire estaba pesado, saturado de perfume dulce de flores marchitas, un aroma que intentaba disimular el olor a bronce y a historia rancia, y el suelo de mármol, pulido hasta brillar como agua quieta, devolvía las sombras con la frialdad de un espejo que nunca olvida.

A la derecha, en contraste casi brutal, se abría un pasillo angosto, donde el yeso despostillado dejaba al descubierto ladrillos agrietados como huesos viejos. La humedad acumulada en las esquinas creaba manchas oscuras que parecían mapas de ruinas. Un olor rancio, mezcla de humedad y hambre, se adhería al aire como un velo invisible, casi tangible. El suelo de madera crujía bajo el peso de cada paso, y una corriente de aire delgado que se colaba por alguna rendija agitaba una tela raída que hacía de cortina, dejando ver apenas la penumbra de cuartos que parecían no tener fin.

Entre ambas mitades, el Visitante sintió que su propio cuerpo se partía en dos, como si su sombra hubiera elegido bandos contrarios, tironeando de él hacia dos mundos incompatibles.

Del lado opulento se alzó un imaginado judío polaco, Samuel Goldenberg: una figura corpulenta, de espalda recta y paso firme, cubierto por un traje oscuro de paño grueso, con el chaleco abotonado hasta el cuello y un bastón de ébano que sostenía no como apoyo, sino como emblema de dominio. Su mirada severa, de un gris metálico, no era la de un hombre que observa, sino la de alguien que dicta sentencia, pesando cada gesto ajeno como si fuese moneda. Cuando abrió la boca, la voz de Samuel Goldenberg descendió grave, profunda, como un contrabajo que hacía temblar el aire:

—El mundo pertenece al que puede pagar su silencio.

Luego bajó apenas la mirada, como quien recuerda algo aprendido demasiado pronto, y añadió con la misma firmeza:

—La palabra vale menos que la moneda que la calla.

—No hay justicia sin precio. Solo el precio hace que el mundo obedezca.

El bastón de ébano que sostenía no era un simple apoyo. A la luz tenue de la galería se advertía, en la empuñadura, un leve grabado en plata, casi borrado: un relieve tan desgastado por el roce de generaciones que parecía más un susurro que un adorno. El Visitante creyó distinguir un escudo antiguo: un león alado sobre una balanza rota, símbolo de una herencia de dominio y control transmitida no como virtud, sino como advertencia silenciosa: el poder no se hereda con amor, sino con peso. Cuando Goldenberg hizo golpear el bastón contra el suelo, el sonido fue seco, final, como un sello que confirma una sentencia. El eco metálico pareció viajar no solo por el mármol del lado opulento, sino hasta el pasillo húmedo, como si hubiera despertado algo dormido en las sombras.

Allí, en el extremo contrario, el otro judío polaco imaginado, Schmuyle, permanecía encogido, con los hombros hundidos y las manos crispadas, retorciendo los dedos como si quisiera deshacer un nudo invisible.

Su rostro pálido, marcado por sombras moradas bajo los ojos, hablaba de noches de insomnio y hambre antigua. Sus ojos grandes, desorbitados, no se posaban en ningún punto fijo; parecían buscar algo que nunca hallaban, como si esperara un gesto de misericordia que nunca llegaría. Cuando habló, su voz aguda y temblorosa, quebrada como un clarinete herido, atravesó el aire con una mezcla de súplica y reproche:

—El mundo escucha solo al que grita más.

Se llevó las manos crispadas al pecho, como si quisiera resguardar algo que nunca tuvo, y continuó con un temblor que no sabía si era de rabia o de frío:

—Al que calla, lo entierran en vida.

—El pobre aprende pronto que la compasión es un rumor que nadie oye.

—No hay justicia para los que no tienen voz, solo migajas disfrazadas de caridad.

Alzó la mirada, con un brillo fatigado que se reflejó un instante en el bastón de ébano de Goldenberg:

—Algunos nacen con un nombre que abre puertas; otros, ni siquiera con el derecho a tocarlas.

—Yo no grito por orgullo, grito para que el silencio no me devore.

El pasillo pobre pareció estremecerse. Las sombras de los muros descascarados se movieron al compás de su voz, como si los ladrillos desnudos guardaran también un eco de hambre antigua. Del rincón más oscuro, un par de ratas se escurrió nerviosamente, trepando entre los agujeros del yeso, como si huyeran del dolor hecho sonido. El Visitante tuvo la impresión de que la voz de Schmuyle no solo agitaba el aire con su timbre agudo y quebrado, sino que arrancaba un estremecimiento profundo a los muros, como si aquella voz frágil, en su temblor y su reproche, hubiera encontrado el camino hacia las cicatrices más antiguas de la pobreza, despertando la miseria dormida en cada grieta, en cada ladrillo desnudo, hasta en las sombras húmedas donde se escabullían las ratas, que, inquietas, huyeron como si temieran que la propia penuria que las alimentaba hubiese cobrado al fin una voz para denunciar su existencia.

La música misma se dividía, como si el aire se quebrara en dos corrientes opuestas: del lado de Goldenberg, grave y lenta, de acordes pesados que caían como martillos de sentencia...

Sib... Fa... Mi ♯... Fa... Mi ♯... La ♯... Sib... Do... Re b... Sib... Fa...

Del lado de Schmuyle, rápida y punzante, con notas cortas y agudas que picoteaban el silencio, desapareciendo antes de encontrar reposo...

*Sibb... Sibb... Sibb... Sibb... Sibb... Dob... Sibb... Sibb... Sibb... Sibb... Sibb... Dob...
Sibb...*

Sintió que el peso de la escena se deslizaba dentro de él como aceite espeso, llenando rincones de su memoria que no sabía que estaban allí. Cada palabra le dolía en un lugar distinto del cuerpo: las de Goldenberg en el pecho, como una losa que aplasta; las de Schmuyle en la garganta, como un nudo que impide respirar. Y entonces lo comprendió: ambos estaban en un solo cuerpo. Uno hablaba desde el deseo de control, de poseer el mundo para domar su caos. El otro, desde la urgencia de ser visto, de no desaparecer en la indiferencia de los otros. Uno necesitaba imponer orden para no sentir miedo. El otro gritaba porque nadie había querido escucharlo nunca.

El Visitante bajó la cabeza. Comprendió que no presenciaba solo un conflicto entre dos hombres, sino que estaba ante el reflejo antiguo y persistente de un duelo más vasto: el combate silencioso entre el poder y el desamparo, entre la riqueza que imparte orden y la ruina que clama por existir. No era una pugna que perteneciera a reinos o dinastías, ni que se resolviera en plazas o palacios; era un combate íntimo, incrustado en la médula misma de la experiencia humana, un duelo que corta al individuo como un prisma: por un lado, el ansia de control, de moldear el mundo con la seguridad de quien posee; por el otro, la voz quebrada que solo pide ser escuchada para no desaparecer.

El Visitante sintió que, al igual que la luz al atravesar un cristal, esa lucha proyectaba múltiples haces de color en la conciencia humana, mostrando que no se trataba de dos enemigos externos, sino de dos fuerzas que coexisten en un mismo corazón: una impone estructura, la otra implora dignidad. Ambas necesarias, pero siempre enfrentadas. Entonces, casi sin pensarlo, acercó la mano a la pared de piedra fría del pasillo pobre. Sintió, bajo la yema de los dedos, la rugosidad áspera y húmeda de la superficie, y tuvo la impresión de que allí, en las fisuras y en el polvo acumulado, latía un pulso tenue, antiguo y callado, como si la lucha que acababa de presenciar no fuera el recuerdo de dos figuras, sino una presencia viva, incrustada en las grietas mismas del muro, respirando a través de la piedra y la sombra.

Retirando lentamente la mano, como quien ha tocado un secreto, siguió caminando en silencio, consciente de que esa batalla, aunque invisible, acompañaría cada paso de su Promenade. La música siguió, dos voces que discutían sin tocarse, y en esa disonancia había una verdad que no buscaba consuelo ni justicia: solo el derecho de ser escuchada.

El Visitante, en profundas reflexiones, volvió sobre sus pasos. Su semblante estaba serio, pero no abatido: caminaba completo, consciente de haber mirado de frente esa grieta que existe en todos. Y, aunque la escena se desvaneció a sus espaldas, llevó consigo la certeza de que ningún cuadro lo había mirado tan de cerca como ese.

Mientras se alejaba, la música no terminó abruptamente. Por un instante, las dos corrientes —la grave y la aguda— se entrelazaron en un solo acorde, breve, tenso, efímero, como si, por un latido fugaz, ambos mundos —el de la riqueza y el de la ruina— hubieran respirado juntos antes de volver a separarse. Entonces,

el Visitante miró de reojo el suelo de mármol pulido. Por una fracción de segundo, la superficie reflejó no dos figuras, sino una sola: un rostro ambiguo, que llevaba en un lado los rasgos orgullosos de Goldenberg y, en el otro, los ojos inquietos y heridos de Schmuyle. El reflejo pareció parpadear, como sorprendido de existir, y se disolvió al compás del eco de las últimas notas, dejando en el aire un silencio frágil y denso, como si el cuadro hubiera querido revelar, solo por un instante, que ambas fuerzas nacen del mismo corazón humano.



Interludio – Promenade V

Sol... Fa... Sib... Do... Fa... Re...

Seis notas como seis pasos. Después, siete más:

Do... Fa... Re... Sib... Do... Sol... Fa...

Son los mismos pasos iniciales que Músorgski escribió para piano: el caminante que entra y sale de los cuadros. Ravel, al orquestar la suite, dejó fuera el Promenade V, como si no quisiera interrumpir el hechizo visual de la galería.

Pero en la partitura original para piano, esa quinta aparición del paseo reaparece: es el mismo tema, aunque velado, el recordatorio de que el visitante nunca deja de caminar entre las imágenes, aunque el público no lo escuche. Esa breve transición es como el eco de unos pasos detrás de la puerta: no visible, pero inevitable.

Recordar su ausencia en la versión orquestal es recordar también que, en la galería de Hartmann, el caminante de Músorgski nunca se detuvo realmente. Y aunque el público no lo escuche en la versión de Ravel, el caminante sigue pasando entre los cuadros, invisible, como un eco que los músicos conocen, pero no tocan.



Limoges – El mercado de las lenguas

El aire ya no era aire... era ruido. Un estruendo vivo que no se oía, sino que se respiraba como polvo caliente. Un tumulto de voces superpuestas: risas agudas, quejas roncadas, refranes chillados, regateos cantados, un coro disonante que parecía provenir de todos los rincones y de ninguno al mismo tiempo.

El Visitante no llegó a un cuadro: cayó en Limoges como quien se precipita a un río desbordado de palabras sin cauce. El bullicio lo rodeó con una violencia alegre, que era a la vez jolgorio y combate, como si las palabras mismas lucharan por abrirse espacio.

*Sib... La♯... Sib... Sib... Sib... La♯... Sib... Sib... Sib... La♯... Sib... Sib... Sib... La♯...
Sib... Sib... Sib... La♯... Do... Sib... Mib... Re... Fa♯... Mib... Fa♯... Sol... Do... Sib...
La♭... Sol... Fa♯... Mib...*

El ritmo era un latigazo vivaz, una cuerda que saltaba de boca en boca, encendiendo el aire hasta volverlo palabras danzantes. Todo se movía. Nada callaba. Las manzanas murmuraban como conspiradoras, los tomates protestaban por los precios, las zanahorias cuchicheaban con los rábanos, y las gallinas cacareaban en dialectos distintos, cada una defendiendo el tamaño de sus huevos.

El Visitante, apabullado, sentía que la multitud femenina dominaba el escenario: vendedoras de manos fuertes, faldas amplias, brazos desnudos y pañuelos al cuello, que gesticulaban como si sus palabras fueran anzuelos lanzados al aire. Una, enorme y colorada, hablaba tan rápido que parecía invocar un hechizo mercantil, mientras agitaba los brazos como alas. Otra, con el cabello recogido en un moño apretado, marcaba cada sílaba con el dedo índice, como si escribiera con su gesto una invisible partitura de quejas. Dos viejas discutían entre sí con un ritmo tan sincronizado que parecían entrenadas para un dúo cómico.

Sobre los puestos, las frutas se agitaban como si también tuvieran opiniones; los canastos se golpeaban entre sí como tambores improvisados, y los pañuelos colgados ondeaban como banderas de guerra doméstica. El mercado entero se volvió un torbellino humano, un ballet grotesco donde cada movimiento era una exclamación y cada exclamación, un latido.

El Visitante, confundido, sentía que las frases se chocaban como capas mal secas de pintura, creando manchas superpuestas de color y sonido: gallinas,

pañuelos, celos, regateos, risas, carcajadas. Y debajo de todo, como una corriente subterránea que unía el caos, la música: un Allegretto vivo, sempre scherzando, travieso, zigzagueante, que cruzaba la escena como una niña descalza riendo entre los puestos de verdura.

Entonces, el sol de Limoges irrumpió en ráfagas a través de las rendijas de un toldo mal asegurado, y cada rayo pareció salpicar el bullicio con destellos dorados, como chispas arrancadas de la música misma, iluminando las caras sudorosas, los brazos en alto, los cestos que rebotaban contra las rodillas.

Por un instante, el Visitante sintió que todo aquello —el griterío, el comercio, los aromas— era un bullicio telúrico, un latido primitivo que desbordaba los sentidos, sumergiendo el alma en un caos organizado, feroz y vivo, cargado de sentimientos encontrados: alegría, codicia, ternura, rivalidad. Entre la multitud, como un fantasma curioso, el hombre de barba espesa y rostro pálido —Hartmann— observaba desde un rincón, con los ojos entornados y una sonrisa leve, casi clandestina, como si aquel estrépito de mercado fuera para él la más pura de las inspiraciones.

El Visitante no lo buscó, no lo miró. Se dejó arrastrar por el estruendo denso y fragante, por el olor de las especias, el sudor de las vendedoras, el calor de los cuerpos. Era un coro vivo, un cuadro en movimiento que no se contemplaba: se atravesaba.

Entonces, como si un director invisible hubiese bajado la mano, todo se detuvo. El bullicio se cortó de golpe. Las frutas, las aves, las voces, los gestos: todo quedó suspendido en el aire, como si alguien hubiera arrancado la cuerda de un reloj que corría demasiado rápido. Solo un acorde quedó flotando: Sol–Sib–Sol... y todo se cayó.

En ese instante, el último rayo de sol, al filtrarse por la rendija del toldo, tocó el polvo suspendido en la luz. Cada partícula brilló como oro efímero, y el Visitante tuvo la impresión de que el resplandor se desvanecía al ritmo de la última nota, apagándose poco a poco hasta dejar la escena en un silencio que parecía contener el eco de todas las voces.

El Visitante sintió ese silencio como un soplo frío sobre la frente, y sonrió, no por burla, sino por asombro. Su respiración recuperó el compás del Promenade. Alborozado, volvió a caminar, llevándose consigo la sensación de haber pasado no por un cuadro, sino por una corriente desbordada de vida que grita para no ahogarse en el silencio.



SEPULCRUM ROMANUM

MORTVI
VIVUNT
IN
MEMORIA

Catacumbas – Sepulcrum romanum

El descenso no fue físico. Fue tonal. Fue cromático. La luz no se extinguió de golpe: comenzó a titilar, como si respirara en un último aliento. El Visitante sintió que, con cada paso, el color se drenaba del aire, quedando reducido a una escala de grises verdosos que parecían transpirar humedad y frío.

Supo que había entrado en una catacumba no porque viera un umbral, sino porque sus propios pasos dejaron de sonar, absorbidos por un suelo que parecía beber el eco, como si hasta el sonido debiera guardar silencio allí. Un hálito pétreo y seco lo envolvió. El aire, aunque inmóvil, tenía un peso antiguo, como si la respiración perteneciera a otros tiempos.

A ambos lados, calaveras apiladas con una simetría perturbadora formaban arcos y columnas. No eran restos dispersos: habían sido dispuestos con minuciosa reverencia, creando un templo de osamentas donde las cuencas vacías parecían vigilar con quieta solemnidad.

El Visitante no sintió el terror súbito de lo macabro. Lo que lo estremeció fue la soledad expectante del lugar, como si los muertos no amenazaran, sino que esperaran en su silencio. La muerte no era allí un espectro: era compañía, era presencia, era memoria petrificada.

La música descendió también, sin estridencias, como un órgano que se apaga nota por nota. El tema del paseo apenas sobrevivía, quebrado, insinuado entre pausas densas. Cada compás parecía avanzar con el peso de siglos acumulados:

Si... Sol... Sol... Fa#... Fa#... Fa#... Fa#... Fa#...

A lo lejos, emergió la figura de un monje encapuchado, alto, delgado como un tallo reseco. Sus manos sostenían una linterna sin fuego, de la cual emanaba no luz, sino una vibración pálida, un fulgor espectral que apenas delineaba los cráneos y huesos. La linterna tembló levemente, y su luz espectral pareció responder a las notas graves del Promenade, iluminando fugazmente los huecos de las calaveras a cada compás, como si los ojos vacíos parpadearan con la música, atentos al Visitante.

El monje se detuvo, inmóvil como una estatua de sombra, y su voz no vino de la boca: brotó del silencio mismo, grave, serena, con una resonancia que parecía templar el aire.

—Él está aquí.

No hacía falta preguntar quién. El Visitante lo supo sin palabras: Hartmann. No su cuerpo —ya hacía tiempo reducido a polvo—, sino su huella, su trazo, su ausencia viva. El eco de sus manos dibujando y el fervor que quedó atrapado entre líneas y pigmentos permanecían allí, como si el artista hubiera encontrado en ese osario su verdadera firma.

En un rincón, una de las calaveras apiladas pareció inclinarse. No había vida en el hueso, pero la forma en que la luz espectral acarició sus dientes dio la ilusión de una sonrisa callada. Y entonces, sin que nadie hablara, la piedra misma susurró, áspera, antigua, como un aliento arrancado del polvo: "Con mortuis in lingua mortua". Con los muertos, en lengua muerta.

El Visitante cerró los ojos. No como quien quiere escapar del horror, sino como quien se dispone a escuchar un idioma sin voz. Comprendió entonces que lo enterrado no es lo que alguna vez fue carne y aliento, sino aquello que el olvido quiso silenciar, pero que aún resuena —tenue, obstinado— en las honduras donde el tiempo ya no manda.

Por un instante, creyó intuir que las calaveras lo miraban, no con acusación, sino con un reconocimiento inmóvil, como si le entregaran un secreto. El frío del lugar no era el de la muerte: era el del recuerdo preservado, aguardando al Visitante que se atreviera a escucharlo.



SEPULCRUM ROMANUM

MORTVI
VIVVNT
IN
MEMORIA

Con los muertos en lengua muerta – Réquiem secreto

Sol... Fa#... Si... Do#... Fa#... Re... Do#... Fa#... Re... Do#... Si...

No era un nuevo cuadro: era el eco del anterior, como si la galería hubiese retenido el aliento de la catacumba y ahora lo exhalara en una plegaria tenue. El Visitante seguía allí, inmóvil, rodeado de calaveras que ya no pesaban como huesos, sino como sílabas de un idioma extinto, y de sombras que parecían reconocerlo como a un viajero esperado.

El monje ya no estaba. Tampoco la sombra baja y encorvada que había acompañado su andar discretamente. Solo quedaba la música, suspendida, sin origen ni dirección. El tema del paseo regresaba, pero cubierto de polvo, como si las notas hubieran dormido siglos en criptas subterráneas. No eran acordes firmes: eran suspiros, exhalaciones, vestigios de un aliento antiguo, recuerdos ancestrales que parecían buscar un oído que aún pudiera entenderlos.

Cada paso del Visitante sobre la piedra fría tenía el peso de una oración olvidada: ese rumor apagado que no pedía respuesta, solo ser pronunciado por el roce de las suelas contra el suelo.

Entonces, lentamente, apareció. No como una visión deslumbrante, sino como algo que el aire dejó de ocultar: un cuaderno flotando en mitad de la penumbra, cuyas páginas abiertas temblaban con el leve soplo de notas invisibles, como si alguien las hubiera escrito con dedos de polvo y aliento. A su lado, una mano pintada, sin cuerpo, sostenía un pincel sin óleo, casi transparente, como si fuera solo la memoria de un gesto.

Era Hartmann: no el hombre, sino el trazo; el pulso detenido en la nada, la voluntad de dejar marca incluso cuando el tiempo ya había borrado su rostro. El cuadro que emergía frente al Visitante no podía ser visto: no había color ni marco. Era sonoro, y no lo percibían los oídos, sino el corazón que calla y escucha en su propio silencio.

Las calaveras parecieron inclinarse apenas, como si se tratara de un rito de comunión silenciosa, un antiguo réquiem que no necesitaba palabras. La piedra, ya no tumba, se convirtió en partitura, y el eco de las notas se adentró en las grietas como si las despertara de un sueño pétreo profundo.

En ese instante, el Visitante comprendió que la lengua muerta aún cantaba, no con voz de vivos, sino con la resonancia mineral de lo que persiste incluso cuando la memoria humana falla. Cerró los ojos, no para huir, sino para rendir respeto al canto que no pertenece al tiempo. La música se apagó con dignidad, sin disolverse en el vacío, sino replegándose hacia adentro, como si regresara al corazón de la tierra que la había resguardado.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya no había cuaderno, ni mano, ni calaveras reverentes. Solo la galería, silenciosa, con un aire que aún vibraba, como si el eco de esa lengua extinguida se negara a desaparecer del todo.

El Visitante se encontró nuevamente solo, pero llevaba consigo el peso leve de lo que había escuchado: la certeza muda de que el silencio también puede tener memoria.



La cabaña de Baba-Yaga – La hora de las brujas

El aire cambió de golpe. No hubo tránsito ni preludio. Fue un rugido, un desgarrón súbito en el tejido de lo vivido. El Visitante sintió que todo lo que había visto antes —las calaveras, los niños, los mercados, el peso de la ruina— se contrajo como un pulmón que se vacía... y luego estalló hacia afuera, con la violencia de un trueno que quiebra la noche.

El bosque emergió no como paisaje, sino como una herida abierta en la tierra.

Fa#... Sol... Fa#... Fa#... Sol... Fa#... La b... Sol... Fa... Fa... La b... Sol... La b... Sol...

Los árboles torcidos parecían haber crecido retorciéndose contra un dolor que los deformaba. El cielo, una bóveda de ceniza enrojecida, se cerraba sobre ellos como el dosel de una hoguera sofocada. El viento no silbaba: chocaba entre las ramas como hueso contra hueso, arrancando del aire un ritmo seco, implacable. Y allí, en medio de ese claro maldito, la Cabaña.

No reposaba sobre suelo alguno, sino que se alzaba y tambaleaba sobre dos patas negras de gallina, astilladas, endurecidas como garfios carbonizados. Cada vez que una de aquellas patas caía, la tierra se abría con un sonido húmedo, como si arañara las entrañas del mundo, dejando cicatrices de barro humeante que parecían heridas frescas.

La música galopaba, ya no como danza, sino como persecución: una carrera en espiral descendente, un Allegro con brio, feroce que parecía encarnar los latidos de un corazón colérico, el redoble de tambores de una tormenta arcaica. En lo alto de la Cabaña, las paredes de troncos podridos giraban sobre sí mismas, no con la ligereza de un molino, sino con la torpeza implacable de una rueda de tortura.

Dentro de ella, una luz roja, viscosa, temblaba como una llama atrapada; y, en su centro, una sombra danzaba, no con gracia, sino con espasmos de criatura poseída. Baba-Yaga no era una anciana con poderes de hechicería, sino la figura primigenia del miedo, el eco de los relatos contados junto al fuego cuando las noches eran más largas que el valor de los hombres.

Su rostro no era un rostro: era una máscara de calaveras superpuestas, como si generaciones enteras de muertos hubieran prestado sus huesos para darle forma.

Sus trenzas, hechas de humo y arcilla, parecían flotar en un vaivén sin viento, mezclando el polvo de la tierra con el hálito de lo que nunca ha tenido paz.

Cuando surgió su voz, no fue un grito ni un canto: fue el sonido de algo roto y antiguo, una especie de flauta hecha de hueso astillado, cuyo timbre áspero se clavaba en el oído como un cristal quebrado que deja sangrando el recuerdo. No aparecía para lanzar conjuros ni para perseguir al viajero. Su finalidad era más honda, más inquietante: representaba el instinto ancestral que despierta el miedo para obligarnos a enfrentarlo, el umbral psicológico entre el mundo seguro y el territorio salvaje donde nacen las sombras interiores.

Baba-Yaga es la guardiana del caos, el rostro que nos recuerda que todo orden, para afirmarse, necesita mirar a los ojos de lo indómito. No es enemiga ni aliada: es la fuerza que sacude al héroe desde dentro, desnudándolo de sus certezas, obligándolo a reconocer la fragilidad de su valor. Ante el Visitante, ella se alzaba como la encarnación del miedo arquetípico, ese que no se puede matar porque no habita en la oscuridad externa, sino en los pliegues más hondos de la mente, esperando ser reconocido para que, al ser enfrentado, pierda su dominio y se transforme en conocimiento.

Así, en el ritual de la Cabaña, Baba-Yaga no amenaza con destruir, sino con despertar, para que el Visitante comprendiera que el terror más profundo es una puerta y que atravesarla es, al mismo tiempo, entrar en el propio abismo y salir de él.

Los árboles temblaron, las raíces crujieron. El viento comenzó a girar en círculos, levantando un polvo que parecía ceniza de hueso. Las sombras se alargaron hasta perder forma y se curvaron alrededor del Visitante, como si intentaran empujarlo hacia el centro del rito.

Entonces, el Visitante lo vio: en medio de ese caos, era Músorgski. Pero no era el hombre que caminaba por la galería. Era un médium, un canal abierto entre los vivos y algo más antiguo que la tierra. Estaba sentado ante un piano en llamas, un instrumento sin teclas visibles, con cuerdas ardientes que vibraban como nervios expuestos. Sus manos no tocaban: invocaban, arrancando de las brasas notas que parecían relámpagos encerrados en madera.

El Visitante, multiplicado, sintió que el bosque mismo latía al compás de esa música que no se podía recordar sin estremecerse: una danza macabra con pies de fuego, una estampida de acordes que parecía convocar, uno a uno, los

nombres de todos los terrores. La Cabaña giró, se elevó, luego cayó con estrépito; cada impacto hizo temblar el horizonte, como si los cimientos del mundo fuesen solo tablas viejas. La luz roja se abrió como una herida incandescente, y la sombra danzante pareció tener, por un instante, las manos de un niño y los ojos de un cadáver.

El Visitante no supo si huir o quedarse, porque comprendió que lo que presenciaba no era un cuadro, ni siquiera un sueño, sino un ritual primigenio: el eco de una noche en que el mundo aún no había elegido entre caos y forma. Y, de pronto, todo se detuvo. La Cabaña, el rugido del viento, el bosque entero. El tiempo mismo pareció quebrar su curso y quedarse inmóvil.

Desde la penumbra incandescente, la bruja levantó el rostro. No tenía ojos: solo dos cavidades oscuras que parecían mirar a través de las eras. Se inclinó hacia adelante y, aunque no habló, el Visitante sintió una voz dentro de los huesos: una advertencia sin palabras, un permiso sin promesa. Y entonces, sin un motivo aparente, lo dejó ir.

El viento expiró en un solo suspiro. El fuego del piano se apagó sin humo y el bosque recuperó un silencio que no era paz, sino pausa. Entonces, el suelo tembló por última vez: un estremecimiento profundo, sordo, que hizo vibrar la tierra bajo los pies del Visitante.

Las patas de la Cabaña, al detenerse, habían dejado huellas hundidas en el barro ennegrecido, y de ellas emergía un brillo tenue, rojizo, que ardía como brasa agonizante, marcando el lugar como un umbral no del todo cerrado, como si las fuerzas que allí habían danzado no hubieran terminado su ronda, sino que aguardaran el retorno de la música para volver a despertar.



La gran puerta de Kiev – Final cíclico con campanas

Mib... Fa... Sol... Mib... Sol... Fa... Sib... Sol... Sib... Fa... Mib... Re... Sib...

El sonido desbordante se esparció como un templo olvidado que, al fin, recordaba su propósito. No fue una simple melodía: fue como si la tierra misma hubiese contenido durante siglos un canto, esperando el instante de dejarlo escapar.

Ante los ojos del Visitante, el horizonte se elevó en arcos de piedra y bronce, inmensos, pesados como montañas y, sin embargo, ligeros en su ascenso. Cúpulas relucientes brotaron como amaneceres detenidos; columnas talladas con símbolos que parecían fluir entre lo humano y lo divino; relieves colosales que narraban historias sin lengua, escenas que no podían traducirse en palabras, pero que el alma entendía como si las hubiera soñado.

La luz que lo inundaba todo no era solar, sino sonora. El aire vibraba con tonos dorados y cobrizos, como si cada piedra, cada arco, cada mosaico, fuese una cuerda en una gran arpa universal. La música no acompañaba la visión: la sostenía, la alimentaba, la convertía en un ser vivo. Por primera vez desde que comenzó el paseo, el Visitante sintió que la música no solo llenaba el espacio: le devolvía al espacio su verdadero sentido. Ya no había murmullo ni lamento. Había estallido. Una proclamación. Una batalla luminosa contra el olvido.

Entonces resonaron las campanas. Pero no colgaban de torre alguna: flotaban en el aire, suspendidas como estrellas inmóviles, y eran golpeadas por un viento invisible que vibraba en compás con los acordes del Promenade. Sus bronces emitían un eco vasto y profundo, un clamor que no pedía aplauso, sino permanencia, como si las notas quisieran ser recordadas no por el oído, sino por las generaciones.

A los pies de la Puerta se encontraba, discreta, la sombra baja y encorvada, fiel guardiana de lo que había sido y de lo que representaba este recorrido. Junto a ella, Músorgski, el compositor; Ravel, el orquestador; y Hartmann, el pintor — los tres pilares de esta travesía—, permanecían de pie, expectantes, contemplando el umbral. No sonreían, pero en sus rostros había serenidad: esa paz que solo llega cuando una obra ha cumplido su destino.

Entonces, como si los muros hubieran exhalado la memoria contenida, comenzaron a salir figuras conocidas, ya no como personajes de museo, sino como presencias vivas, símbolos de la condición humana que el viaje había convocado y ahora, al fin, reconciliaba: El Gnomo, que avanzaba con sus pies torpes pero libres, sin el peso de la deformidad, encarnaba el miedo infantil: esa primera sombra que acompaña los sueños y que, al ser reconocida, deja de aterrar.

El Viejo Castillo, no figura humana sino silueta de piedra alzada sobre la niebla, traía el recuerdo de lo perdido: vestigios de lo que alguna vez sostuvo la memoria colectiva y hoy es ruina digna. El Trovador, ya sin lamento, en canto grave y sereno, representaba la nostalgia que custodia el pasado: el eco de la voz que recuerda quiénes fuimos y a quiénes amamos.

Los Niños de los Jardines de las Tullerías, corriendo con cintas y gorras desordenadas, reían con ligereza infantil: la inocencia y el asombro, la vitalidad que el tiempo no marchita del todo.

El Carro de Bydlo, con el buey lento y paciente, ya sin yugo ni crujir de carga, simbolizaba el peso inevitable del destino que, cuando se acepta, avanza en calma y nos devuelve a la tierra.

Las Mujeres de Limoges, ya no estridentes ni rivales, caminaban con canastas al brazo, sonriendo con júbilo fresco: la voz de lo cotidiano que sostiene el pulso de las comunidades. Los Polluelos en el Cascarón, batiendo alas diminutas y saltando con júbilo ingenuo, recordaban la alegría de los comienzos.

Samuel Goldenberg y Schmuyle, uno junto al otro, ya sin disputa ni resentimiento, encarnaban la conciliación de los opuestos: ambición y vulnerabilidad en el mismo corazón. Las Sombras de las Catacumbas, moviéndose en silencio reverente, ya no eran amenaza, sino memoria de los que fueron.

Finalmente, Baba-Yaga, despojada de furia, avanzaba despacio: no para infundir terror, sino para observar como guardiana de los límites, prueba de que el miedo arquetípico, enfrentado, se vuelve sabiduría.

El Visitante los vio a todos. Uno a uno reconoció rostros, siluetas y presencias que, en su recorrido, lo habían mirado desde los lienzos y se habían fundido con él. Pero lo que más lo estremeció no fue el desfile en sí, sino la conciencia de que todos esos seres —con sus miedos, dolores y alegrías— habían surgido de la

imaginación y del pulso de un solo hombre: Hartmann, el amigo muerto que seguía vivo en cada forma. Sintió, por primera vez, que el aire que lo rodeaba tenía la densidad de una despedida.

Hartmann estaba allí, no como sombra, sino como trazo persistente, latente en cada línea y en cada curva de los seres que ahora avanzaban serenos, como si hubieran dejado de ser criaturas de los cuadros para convertirse en fragmentos vivos de una memoria que se niega a morir. Los ojos del Visitante se humedecieron, no con la tristeza áspera del duelo, sino con la nostalgia limpia de quien comprende que el amigo ausente ha vencido al olvido al permanecer vivo en las formas que creó.

Alzó la vista hacia las campanas suspendidas sobre la Gran Puerta de Kiev y le pareció escuchar, entre el bronce, el susurro de la amistad perdida: una voz que no pedía lágrimas, sino reconocimiento. Comprendió que no celebraba solo unas obras de arte: despedía a un amigo que, a través de la creación, había regresado a caminar junto a él.

El desfile avanzó y, al cruzar el umbral de la Gran Puerta, lo hizo con la serenidad de quien ha encontrado su lugar en el relato: ya no fragmentos desgarrados, sino un mismo coro, resonando bajo campanas que no pedían aplauso, sino permanencia y trascendencia. El Promenade regresó —la misma melodía que había guiado cada paso—, pero ahora sonaba majestuosa, plena, coronada de campanas y luz: canto de quien ya no camina solo, que ha cruzado memoria, duelo, belleza, miedo, niñez y silencio, y entra con paso firme en el umbral de la permanencia.

Mientras el Visitante avanzaba, sintió que no era solo él quien cruzaba la Puerta, sino todos los que alguna vez fueron tocados por la música, el arte y la memoria de lo perdido. El arco titánico se abrió, no hacia una ciudad concreta, sino hacia un horizonte de luz palpitante donde música y vida parecían una sola cosa. Y mientras cruzaban, las campanas siguieron resonando, no como triunfo efímero, sino como afirmación de vida alzada sobre el polvo y el silencio, una vibración que decía que todo lo atravesado —lo lúgubre, lo macabro, lo desolado— no había sido en vano.

La última campanada no fue final: fue una respiración luminosa, un latido profundo que dejó en el aire una promesa: que el arte, mientras sea recordado, puede redimir los fragmentos rotos de la memoria.

El Visitante miró una última vez hacia atrás. La galería, el bosque, las catacumbas, el mercado, la bruja... todo parecía haber quedado tallado en los bronce de la Puerta. Y al mirar hacia adelante, supo que ya no salía de una exposición: entraba en la permanencia de lo narrado, compuesto y escuchado.

El Promenade se alzó por encima de los arcos como un hilo de oro sonoro y, al perderse en la lejanía, no se extinguió: quedó vibrando en el aire, como si el mundo mismo hubiera aprendido a respirar con su música, mientras el Visitante, con los ojos húmedos y el corazón sosegado, murmuraba en silencio el nombre de su amigo muerto, sabiendo que ese nombre seguiría resonando en cada campanada.

FIN



Escuchar con los sentidos, recordar con el silencio

Cuando el último cuadro se desvaneció en la galería y el eco de las campanas se disipó en la mente del Visitante, este se detuvo. Se quedó allí, de pie, donde la música se había vuelto remembranza y el recuerdo, umbral. A su alrededor, las paredes se habían convertido en bruma: ya no colgaban pinturas, sino breves instantes musicales.

Parecía que no quedaba nadie. O eso creyó. Desde el fondo surgió Hartmann, llevando en sus manos el cuaderno invisible que nunca había abierto, como si al final hubiera aceptado que solo se escribe lo que surge después de morir. Sus ojos no eran tristes, pero sí hondos.

Luego apareció el reflejo de sí mismo, Músorgski, caminando con paso lento, como si cada compás viajara desde sus entrañas hasta los pies. No llevaba partitura —no la necesitaba—, pero sus dedos se movían, memorizando la experiencia en el vaivén del aire. Ravel emergió, silencioso, atento, escuchando no una orquesta, sino una transcripción musical que parecía fluir desde el porvenir.

Yo permanecía al margen, hasta que sentí que la sombra baja y encorvada que los acompañaba me señalaba. En ese instante no era pintor ni músico. Había llegado con las manos vacías, solo con palabras, y aun así comprendí que debía estar allí: para atestiguar, para traducir en relato lo que ni la partitura ni el lienzo podían guardar.

—¿Y ahora qué quedará de todo esto? —preguntó Hartmann, mirando el cuaderno aún vacío.

—Una melodía —respondió Músorgski—. Siempre queda una melodía.

—Pero las melodías también mueren —susurró Ravel—, si nadie las escucha en el momento correcto.

Yo, sin atreverme a interrumpirlos, añadí en voz baja, como quien escribe al margen de un libro:

—A veces basta con que alguien las recuerde... como imágenes, como música o, aunque sea, con palabras.

Hartmann asintió sin mirarme, como si aceptara que incluso el silencio necesita un escriba. Habían recorrido una exposición que no era solo visual, sino

auditiva; un camino que debía verse, sí, pero con los ojos cerrados y el oído atento. Aquella música no ilustraba los cuadros: los respiraba. Y en esa respiración se escondía una verdad más honda que el arte: la permanencia de un instante cuando es traducido en color, sonido... o en relato.

—Las generaciones futuras volverán a recorrerla —insistió Hartmann.

—Sí —afirmó Músorgski—, siempre que alguien imagine los cuadros y lea este relato con la música encendida.

—Y si no lo hace —añadió Ravel, con dulzura—, que al menos recuerde que cada nota también puede convertirse en una sensación... un lugar.

Los tres se miraron. No con juicio, sino con entrega. La sombra baja y encorvada seguía en silencio. El Visitante ya no era solo uno, sino todos los que participaron y los que vendrían después.

Yo comprendí entonces que esa presencia —el Visitante— era también la mía: la de cualquiera que en algún momento intenta narrar lo que ha escuchado en el umbral de lo invisible. Porque esta historia no termina: solo cambia de oyente. El Visitante cerró los ojos. En algún rincón, las seis notas regresaron:

Sol... Fa... Sib... Do... Fa... Re...

Después, siete más... El futuro ya había empezado. La sombra baja y encorvada, los tres protagonistas de esta historia y yo, cada uno en su tiempo y lugar, volvimos, ensoñadoramente, a caminar.

FIN



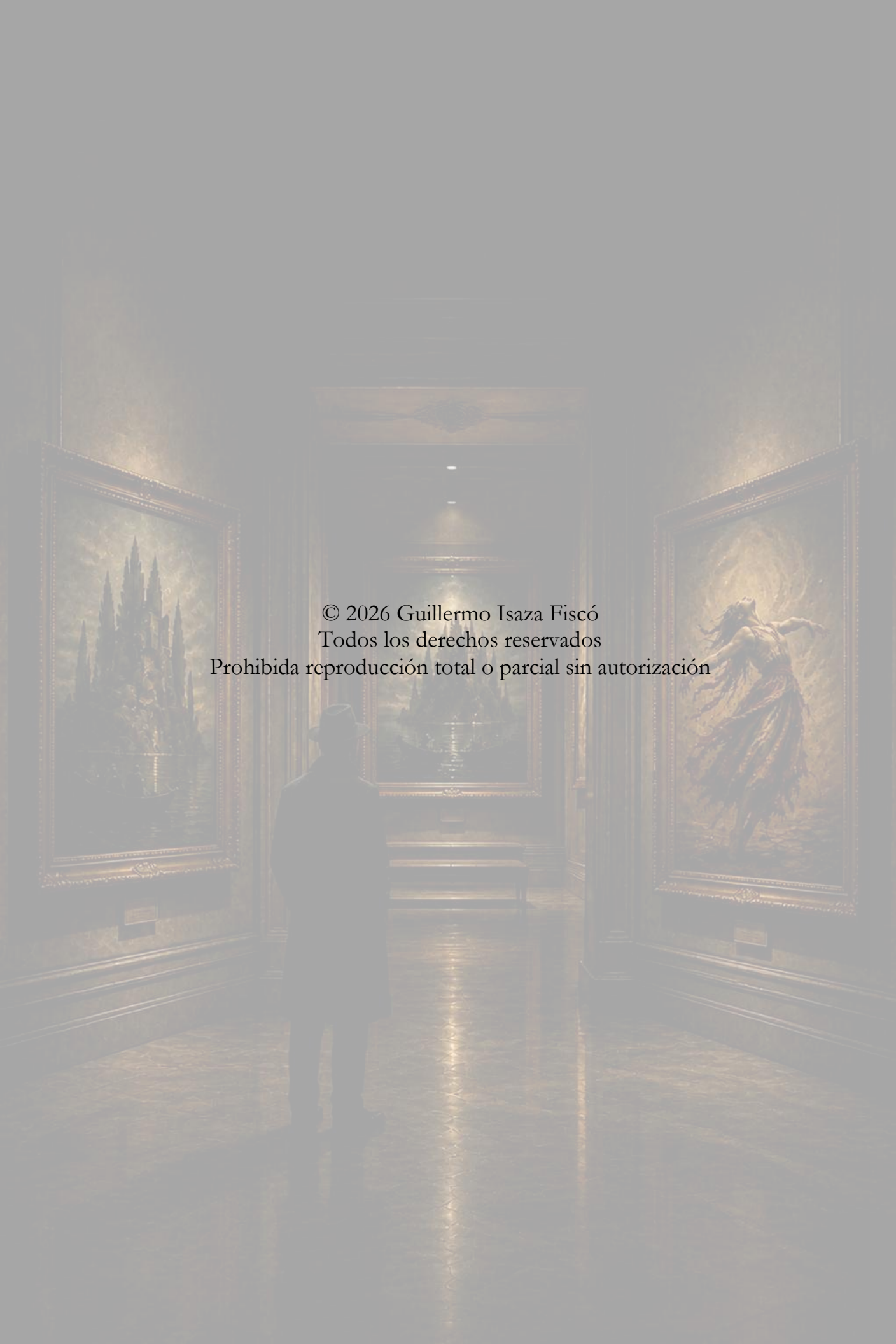
Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto >

Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.





© 2026 Guillermo Isaza Fiscó
Todos los derechos reservados
Prohibida reproducción total o parcial sin autorización